AÑO XXIX. — Nº 1454.

EL DIA

MONTEVIDEO, NOVIEMBRE 27 DE 1960.

Suplemento Dominical fundado por Don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932



DON RAFAEL BATLLE PACHECO.
(Fotografía Juan Caruso)

"Todo espíritu, todo justicia, todo bondad, todo hidalguía, don Rafael fue una conciencia rectora que durante un cuarto de siglo gravitó decisivamente sobre los destinos de EL DIA."

LA CIUDAD UNIVERSITARIA



El arquitecto uruguayo Gilberto Gatto Sobral, gestor de la magna obra.

LA ciudad de Quito ofrece una fisonomía propia que la distingue de las demás capitales de América.

Emplazada a más de dos mil ochocientos metros sobre el nivel del mar, en la Hoya de Guayllabamba, junto a las estribaciones del Pichincha, un aro majestuoso de montañas y volcanes la circundan. Desde sus calles tranquilas, en los días diáfanos y serenos, es posible contemplar las nieves eternas que destacan en el horizonte las cimas de imponentes alturas y volcanes, colosos de los Andes, cuyos nombres nos son familiares: Illiniza, Cotopaxi, Antisana, Cayambe, etc.

Cinturón de guardianes que parecen protegerla, dando a la ciudad, que por su proximidad a la línea equinoccial nos hace pensar en los climas tropicales, conjuntamente con la elevación, un suceder impercepitble de estaciones oscilantes dentro de una casi perenne primavera, y donde sólo las lluvias diarias y regulares, nos marcan el paso del "invierno".

Pero esa configuración de la zona interandina donde se halla la capital del Ecuador, no sólo ha determinado su especial modalidad como urbe, donde hoy día el viajero puede apreciar un paulatino y sosegado avance de la modernidad sobre las históricas reliquias coloniales. Como se ha dicho con razón, es una ciudad donde el transcurrir sereno de la vida, en el claustro montañoso que es su cuna, se hace propicio, de manera primordial, para las manifestaciones del espíritu.

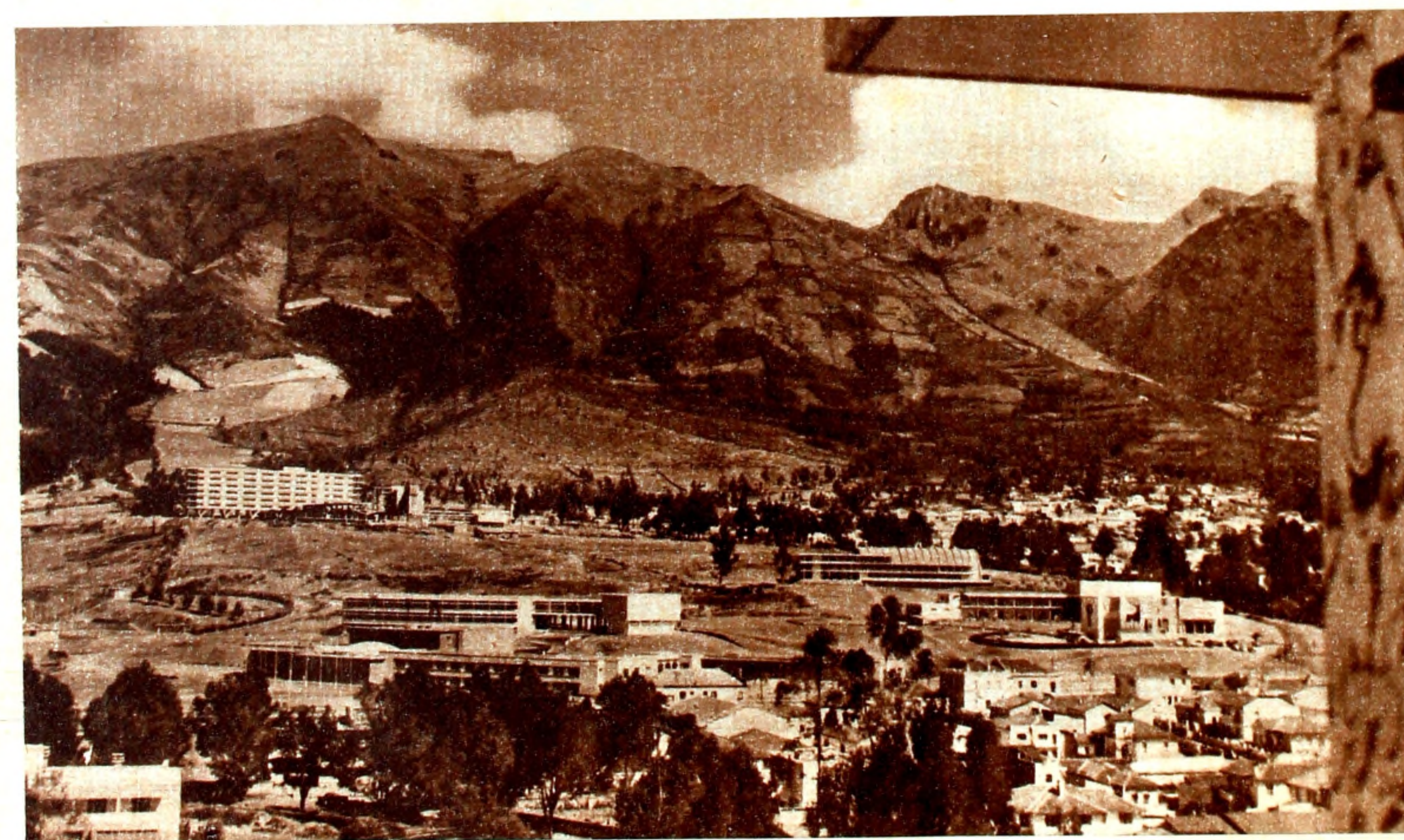
Capital es Quito, sin bullicio y casi sin vida nocturna, adecuada para la hazaña del pensamiento, para la devoción del arte y para el arrebato místico.

Y esa característica señalada más de una vez, perdura hoy día. Sin dejar de progresar y embellecerse, pero haciéndolo al parecer, sin prisa aún cuando también sin desmayos, es un importante centro universitario que irradia cultura, manteniendo aquella personalidad acuñada al través de su existencia varias veces centenaria en la que se exterioriza con acentuado énfasis, la voz del espíritu.

Expresión palpable y hermosa de esa preocupación, es la Ciudad Universitaria, armonioso conjunto de pabellones destinados a albergar en amplias, cómodas y funcionalmente felices realizaciones edilicias, a la creciente población de las diversas facultades e institutos que componen la prestigiosa Universidad Central del Ecuador. Ubicada en la parte nueva de la ciudad, trepando por las Breñas del Pichincha, históricos campos escenario de gloriosa gesta americana, se al-



Facultad de Jurisprudencia, Centro I. Periodismo, Insts. Internacional, Criminología. Idiomas, Laboral.



Vista general de la Ciudad Universitaria de Quito.



Estadio capacidad

DE QUITO

zan las armoniosas masas arquitectónicas, poblando una extensión de más de cuarenta hectáreas que van dando así forma definitiva a la brillante concepción del Director y Proyectista de la magna obra, arquitecto Gilberto Gatto Sobral. Este prestigioso compatriota es a su vez Secretario de la Embajada del Uruguay en Quito.

Ejemplo expresivo, es este centro, de una moderna concentración de unidades universitarias, integrantes, funcionalmente de un todo, como debe ser una Universidad, ámbito de expresiones científicas, humanistas y culturales.

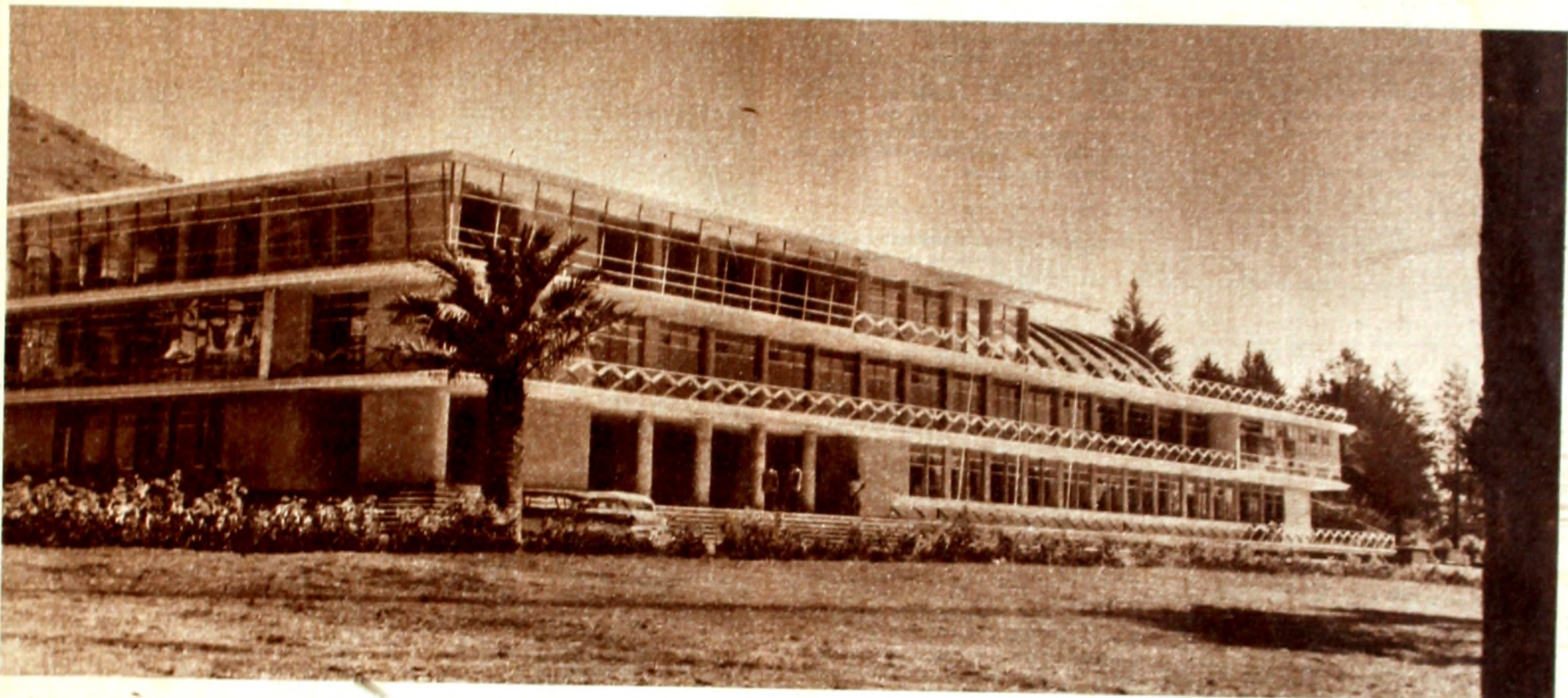
Y es a la vez una manifestación del Quito moderno que junto a su belleza panorámica perenne, y a su historia, demuestra su afán de progreso y avance en los diversos planos de la actividad ciudadana.

Radamés BIANCHI.

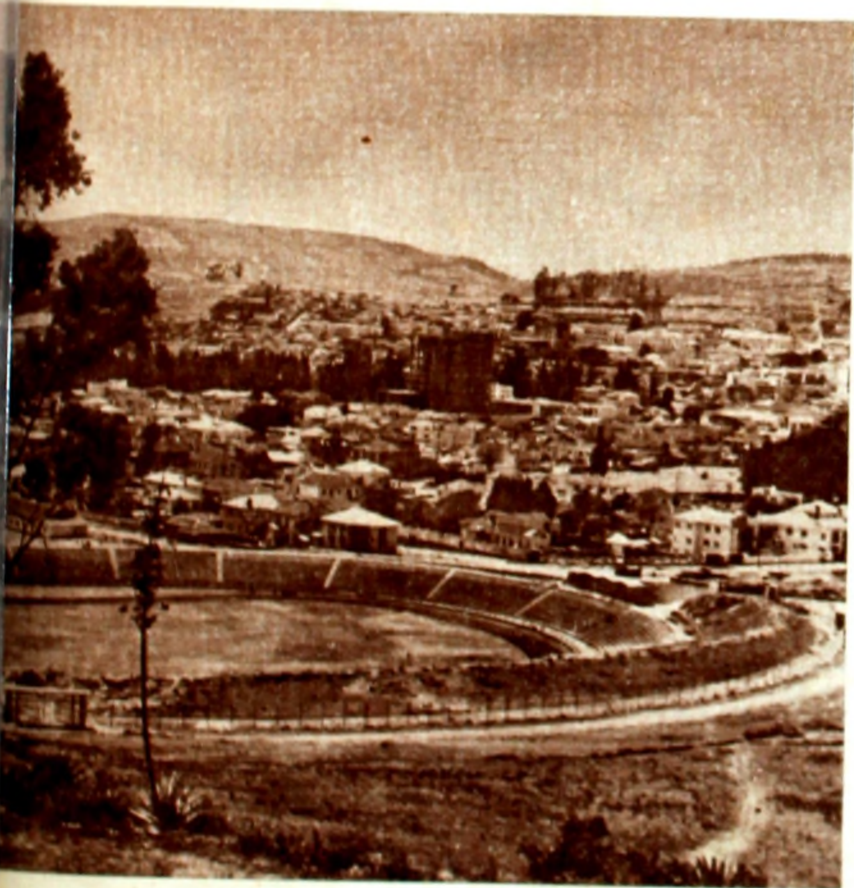
Quito, octubre de 1960.
(Especial para EL DIA.)



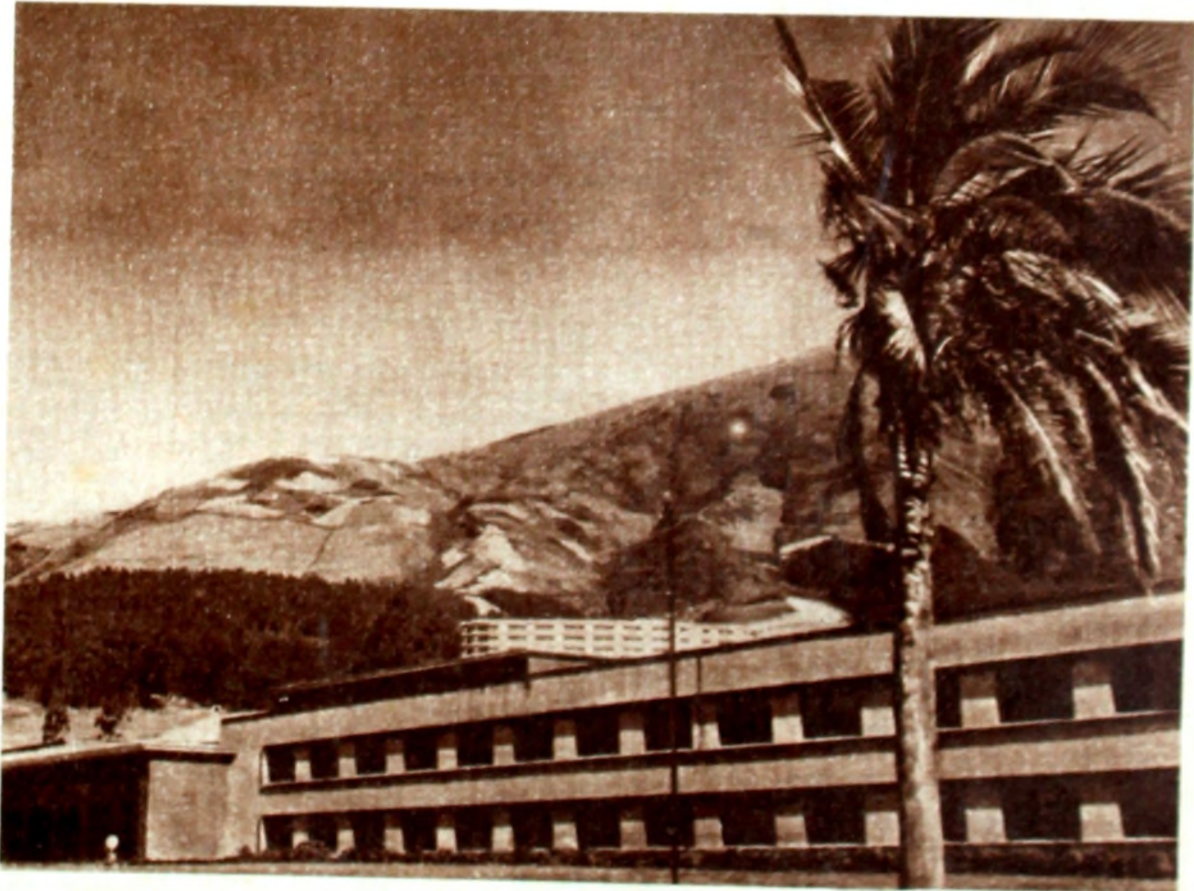
Facultad de Ciencias Económicas.



Instituto de Ensayo de Materiales.



25.000, sobre configuración natural del terreno.



Pabellón Rectoría, Administración. Biblioteca central, Auditorio.

COMO CASI TODOS LOS DIAS

YA no estaba el sol sobre el cielo de Pago Alto. Por donde había desaparecido, el rojo que dejó, vivísimo, se desvahía en ardientes naranjas; luego intensos violetas, después azules metálicos, por último sombras. En lo alto algunas estrellas empezaron a temblar. La noche. Del lejano monte llegó la repetida estridencia de los chajás. Y el silencio después, un silencio de largos espacios entre los que patinaba algún balido lejano, fugazmente.

El comedor de la estancia se alumbró. La cena comenzó sin palabras. Una negra entraba y salía. Había allí como una tensión de angustia. Hasta que don Martín Lemos alzó su voz:

—La ronda del lazo se viene cerrando. Mañana o pasao Casildo está atao o muerto.

Casildo Roldán era hijo de una hermana de don Martín. De niño fue díscolo, de mozo rebelde. Pero con un corazón leal y franco, espíritu y manos generosos. A los dieciocho años dejó el pago. Quedó de él nada más que el recuerdo de su estampa. Cuatro años después volvió. Su padre, hombre recto, y despótico, le cerró la puerta de casa. Entonces llegó a lo de su tío Martín. Y así fueron corriendo las etapas de su vida, en presencias cortas y ausencias largas.

Cierto atardecer mientras pulsaba una guitarra en una divagación de estilos, milongas y tristes que contenía todo el cantar del pago, súbitamente apretó las seis cuerdas enmudeciendo el instrumento. Miró profundamente a su prima Rosaura, que le cebaba mate, y le dijo:

—Mirá Rosaura: si de vez en cuando aparezco por aquí no es por la fuerza de la querencia; es por vos. Vos sos mi querencia y es por eso, porque no quiero tener ninguna, que en cuanto te siento cerca ensillo, estribo...

Tomó el mate reconcentradamente. Luego siguió:

—Tengo la carne, la sangre y los güesos como todos; pero las avispas o los tábanos que me apuñalean el ánima creo que no les han caído a nadie. Yo era más que un gurí cuando en aquellas pencas le manotié el arma a mi padre para terminar con una mala autoridad. Me revolvió una injusticia que le hacían a un pobre negro. Mi padre me acostó de un argollazo... Vos sabés bien la historia, prima Rosaura. Después vino aquel barullo. Me quise juntar con el comandante Pajares. Yo y tres peones de casa íbamos alegres y tiesos porque creíamos que nos arrastraba algo muy grande... Pero me salió al camino, otra vez mi padre, y me trajo preso entre dos milicos y un sargento. Por eso un día me hice humo...

Casildo Roldán dobla su cabeza sobre el pecho. Hace un cigarro. Después sigue:

—Volví a los años. Cuando abrí las primeras porteras del pago sentí como un fresco nuevo: mi madre cerca, los amigos, el paso, la pulpería, hasta algún caballo que dejé... Pero mi madre había muerto y la puerta de mi casa me golpeó en la misma boca. Fue cuando llegué aquí. Y empecé a conocerte...

Casildo Roldán en el amanecer monta por quinta o sexta vez su caballo de viaje. Y sale al galope, sin mirar a nadie, sin volverse, hasta lejos la diestra levantada como en un adiós largo. Y su prima queda en la entrada del galpón, donde él estribó, y allí permanece hasta mucho después que se pierde a lo lejos. Lo ve entrar al paso, flotante el poncho, desaparecer, asomar del otro lado del monte, escalar el zig zag del Cerro Pelado, perderse tras él y aparecer lejos, lejísimos, como un punto palpitante hasta fundirse en la inmensidad.

*

Hasta que les llegó brutalmente la noticia. Fue uno de los peones el portador. En la Pulpería del Medio, Casildo había muerto dos hombres de la policía. Salió a defender un carrero que el comisario quiso castigar, sin razón. Casildo pretendió calmarlo con buenas palabras y recibió la trenza de un arreador en el rostro...

Ya habían pasado diez días de sobresaltos en la casa de don Martín Lemos. El anterior llegaron ocho hombres uniformados, sonando espuelas, chocando sables. El capitán Gadea se enfrentó a don Martín Lemos y con gesto duro y tono imperativo le dijo:

—Ya sabe a qué venimos. Casildo debe una cuenta muy grande y andamos pa bien de cobrársela. Y como aquí tiene su aguada y su pastoreo...

—¡Aquí tiene su techo y su mesa, que no es ningún bicho! Esta casa es tan de él como mía. ¿Lo viene a buscar? No está. Puede revisar todo, pase.

Revisaron hasta el más escondido de los rincones. Antes de irse el capitán Gadea expresó:

—Siento andar en este trajín, don Lemos; pero su sobrino es un bandido.

—Yo no sé si es un bandido; sé que el que mató lo era.

—¡Vea lo que habla, don Martín!

—Lo dicho está dicho, tómelo como le parezca.

Esa noche que don Martín Lemos rompió el dramático silencio en el comedor de la estancia, ya a punto de salir para irse a dormir, vio entrar uno de los peones, demudado.

—¡Ahí ta Casildo!

Y ya sintieron un acompasado y firme batir de tacos y de espuelas contra el piso. Apareció el mozo, se detuvo en la puerta donde quedó un instante como deslumbrado, luego avanzó y se sentó.

—Mi tío, disculpe. Yo que nunca me despido de palabra vine a decirles adiosito hoy. Esta madrugada salgo y enderezo al camino rumbo al norte. No aguanto más el acoso, no soy zorro. Si les paso por arriba sigo; si no sigo que me entierren. La cosa va a ser muy sencilla. Voy a comer un poco...

Su tía y su tío lo miran comer, abismados. Una pelusa de fruta le cubre labios y barba. El cabello ensortijado, castaño, le ennoblece el rostro. Toda la plenitud de una vida y la fuerza de una energía campean en su ademán y modo. Los ojos de la tía se hacen luminosos; las lágrimas que de ellos salen corren por sus mejillas... Don Martín y ella se van. En el comedor quedan solos los primos. Casildo se limpia la boca, bebe un poco de vino, mira a Rosaura y sonríe.

—¿Qué estás pensando, prima?

—En tu vida.

—Pero... prima Rosaura, ¡si no vale dos pelos de zorro!

—Para vos, sí... pero para mí...

No pudo seguir. La emoción le apretó los labios. Se le arrimó, se sentó junto a él y comenzó a acariciar su pelo, a pasar muy suavemente sus dedos por su cara.

—¡Ah, prima Rosaura: si algo me pesa haber matado es porque quisiera que me acariciaras siempre como ahora! Esto es como recostarse a un barril de agua fresca después de un galope de leguas, achicharrado por el sol...

Casildo se levantó.

—Me voy a echar un poco en la sala, vestido. El sueño me está volteando... A las tres ensillo...

En la sala, sobre un amplio sofá, se tendió. Rosaura trajo un poncho de verano y con él lo cubrió. Se sentó a su lado. Y así pasó el tiempo.



De pronto un tropel, furioso ladrar de perros, golpes. Don Martín abrió la puerta y se enfrentó al capitán Gadea.

—¡Está aquí!

—Sí, señor, está aquí. Pase.

En la sala entra el capitán y algunos soldados. De pie está Rosaura. Casildo se ha acodado en el sofá, irguiéndose un poco.

—Capitán, no haga aspavientos. Estoy sin armas. Le pido, de favor le pido, que me deje dormir un poco; será mejor que salir de tiro conmigo cortando caminos a medianoche. Vine nada más que a despedirme para después entregarme...

—Déjelo dormir un poco, capitán — terció don Martín — bastante ha tenido con estos diez días sin pegar ojo y sin comer. Ponga un milico en cada puerta, venga conmigo a tomar unos mates al comedor, hasta que aclare...

Gadea midió rápidamente todas las posibilidades de Casildo; conoció la sinceridad con que él y su tío habían hablado. Distribuyó sus hombres y fue al comedor. Casildo se estiró otra vez sobre el sofá. Y hundiendo amorosamente sus ojos en los de su prima, le dijo:

—Tapame con el ponchito, prima.

A punto de amanecer don Martín y el capitán tomaron café. Luego dejaron las sillas y fueron a la sala. Allí estaba Rosaura, sentada, frente a su primo.

—Despiértelo, señorita. — habló el capitán.

De pie se puso Rosaura y comenzó a hablar a Casildo.

—Casildo, ya está amaneciendo.

Volvió a repetir aquello. Casildo seguía inmóvil. Entonces pasó por la faz de ella como una ráfaga pálida. Su mirar se hizo destellante. Gritó:

—¡Casildo!

Y otro grito agudo, más hondo, volvió a resonar allí. Y bruscamente corrió el poncho.

Casildo estaba boca arriba. En el pecho asomaba el cabo de un pequeño puñal. Su boca sonreía levemente. En ella asomaba un hilo de sangre. Sus ojos estaban cerrados como si durmiera en una profunda paz.

Don Martín murmuró:

—Anoche nos vino a decir adiosito, capitán...

—No tengo más nada que hacer aquí — dijo Gadea, sombrío. Y salió.

En el comedor los tíos beben otro café. En la sala, Rosaura mira con arrobamiento la blanca belleza del rostro de su primo...

*

En la sierra, en el monte, en los bajos en las cuchillas, la vida canta o grita, como casi todos los días; y el sol aparece triunfal, para desaparecer, después de trazar su arco, en un estallar de rojos, naranjas, violetas y azules... y dar paso a las sombras... como casi todos los días.

José MONEGAL

(Especial para EL DIA)

(Ilustración del autor)

COMISION NACIONAL DE BELLAS ARTES

EXPOSICION LAROCHE

MUCHAS veces el porte exterior del hombre se halla consustanciado con su espíritu. El caso de Ernesto Laroche es uno de ellos. Su figura alta y de romántica delgadez, su amplio cuello abrochado con un gran plastrón, que entraba a sugerencias junto a las alas amplias del sombrero negro. Un gabán negro también, que solía alar el viento del agitado paso del pintor, y destacar más sus delgadas y largas piernas presurosas... Toda una figura del 900... Así lo conocimos nosotros mucho después... cuando Director del Museo Nacional de Bellas Artes, conservaba aún, y conservó hasta su muerte, el rígido estampón que le dió caracterizado don en el ambiente. En esos tiempos se exhibía en el Museo, su cuadro "La canción del silencio", una poética versión del campo con iluminado y transparente matiz en la atmósfera triste que hacía sentir la soledad... Todo su paisaje se encerraba en ese cuadro. Creemos que es uno de los más bellos. El romanticismo de Laroche se centra en un determinado sentido de la luz que él enciende como perfil destacable, ya orillando el contorno del campesino rancho, o en la lejanía del horizonte, ya fileteando el cristal del agua de un pequeño arroyo, o más simplemente del vulgar charco que el reflejo del cielo lo hace poesía, o sencillamente ayuda a la luz natural a lucir con un esplendor creado por él mediante un colorido de suaves matices azules y lilas que agrisa con mucha finura.

Ese posar del sol en las copas de los árboles al atardecer o en las cimas de los cerros, la eclosión del astro en el horizonte rojo y la blancura de arenas puras con la cambiante paleta de la luz, fueron imágenes en su pintura, que acaso adornó con el lujo de un colorido brillante.

☼

Dice su ficha biográfica, que nació en Montevideo el 8 de marzo de 1879. Desde muy joven se dedicó al paisaje, que fue su especialidad. (En la exposición se exhiben algunas figuras realizadas en el taller de Renom, su maestro). Logra recién destacarse con relieves propios en 1908, en que realiza una serie de exposiciones, y la crítica lo sindica como un vigoroso colorista "que sabe interpretar el alma del paisaje." Su labor es muy vasta y sus obras están en Museos de América y Europa, y en colecciones particulares. Realizó muchas exposiciones e intervino en Salones de carácter internacional, habiendo obtenido Medalla de Oro en la Exposición de Sevilla — 1929-1930 —. Fue comisionado por el Gobierno para la organización de la Sección Artística del Museo Histórico. Fue miembro de jurados designados por el Ministerio de Instrucción Pública, Miembro de la Comisión Nacional de Bellas Artes, Catedrático sustituto de dibujo de la Facultad de Ciencias Económicas, y Profesor de la misma materia y de iniciación artística, en la Sección de Enseñanza Secundaria y Preparatoria de la Universidad de la República: Miembro correspondiente de la Académia de Ciencias, Artes y Letras de Cádiz, y fue Director del Museo Nacional de Bellas Artes desde 1928 hasta el día de su muerte acaecida el día 2 de junio de 1940.

Ha escrito algunos libros, entre ellos una obra que fue premiada por el Ministerio de Instrucción Pública, que tituló "Algunos pintores y escultores" (1939). Sus trabajos históricos-críticos y técnicos, así como de investigación, han sido difundidos en diarios, revistas y publicaciones diversas.

☼

En la obra de Laroche, que se exhibe en el Salón de la Comisión Nacional de Bellas Artes, pueden distinguirse fácilmente dos aspectos.

Uno de pintor entrado en una faz valiosa y que consagra su forma frente a la naturaleza, con un don colorista y al mismo tiempo, atendiendo sus matices de pintor. Y otra menos brillante, en la que es requerido un efectismo cromático de iluminada tendencia convencional, endureciendo y recortando el paisaje, mirado por un filtro de ocres levantados, y con puntos de destaque alejados del trazo tonal preciso. Estos paisajes fáciles al observador común, no son muy numerosos por suerte, y en cambio, se acentúa en sus grandes cuadros, la más destacada faceta de que hablamos en principio. En ella la obra de Laroche cobra aspectos finos y de riqueza en la función de interpretación. Porque aunque este artista tome sus cuadros del natural, y su amor y su fidelidad hacia tal condición no le lleve a respetar tiernamente hasta los más pequeños detalles, no es menos cierto que existe un concepto poético, si no de factura plástica, sí de sensación directa espiritual y emocional. Esta se manifiesta por la envoltura, por la captación de la luz, derramada sobre los campos, y por su encuentro en la perspectiva aérea, llevaba al súmum en las grandes distancias con azules y violetas, que si bien son sabidos colores que alejan, no dejan de pronunciar su más delicada versión cuando son sabiamente manejados como en este caso. Es indudable que el pintor ha puesto un intenso amor en esta obra, que se adivina fácilmente en su conciencia y en su sensibilidad, que aflora en cada cuadro como una conjunción de atributos afines a su personalidad. Si en realidad todo el paisaje llenó a su alma, y el rincón sencillo fue por él pintado, afirma siempre como un "ritornello" aquel paisaje primero que parece repetir como un silencio humilde del campo: los finos árboles de elegantes troncos y atrás, el horizonte bajo: esos guardianes que los tomó con sol y al atardecer, con nubes barriendo sus copas, o frescos de amanecer, con cielos amplios, con pastos violetas y azules, con verdes irritados de luz, o con sombrías parcelas grisáceas. Nunca su pintura es violenta: siempre se apoya en una realidad suave, dulce casi... y el arrebato tierno le lleva a claudicar de la fuerza de la gran pincelada, del trozo inquieto y pleno.

Nada parece turbar su designio, su tranquila visión de lejanía... Ni un misterio asoma en su pintura sabida: es clara como las aguas que reflejan en su cuadro "La cascada" las copas frondosas...

Eduardo **VERNAZZA.**

(Especial para EL DIA.)



"La magia de las aguas".



"Pax".



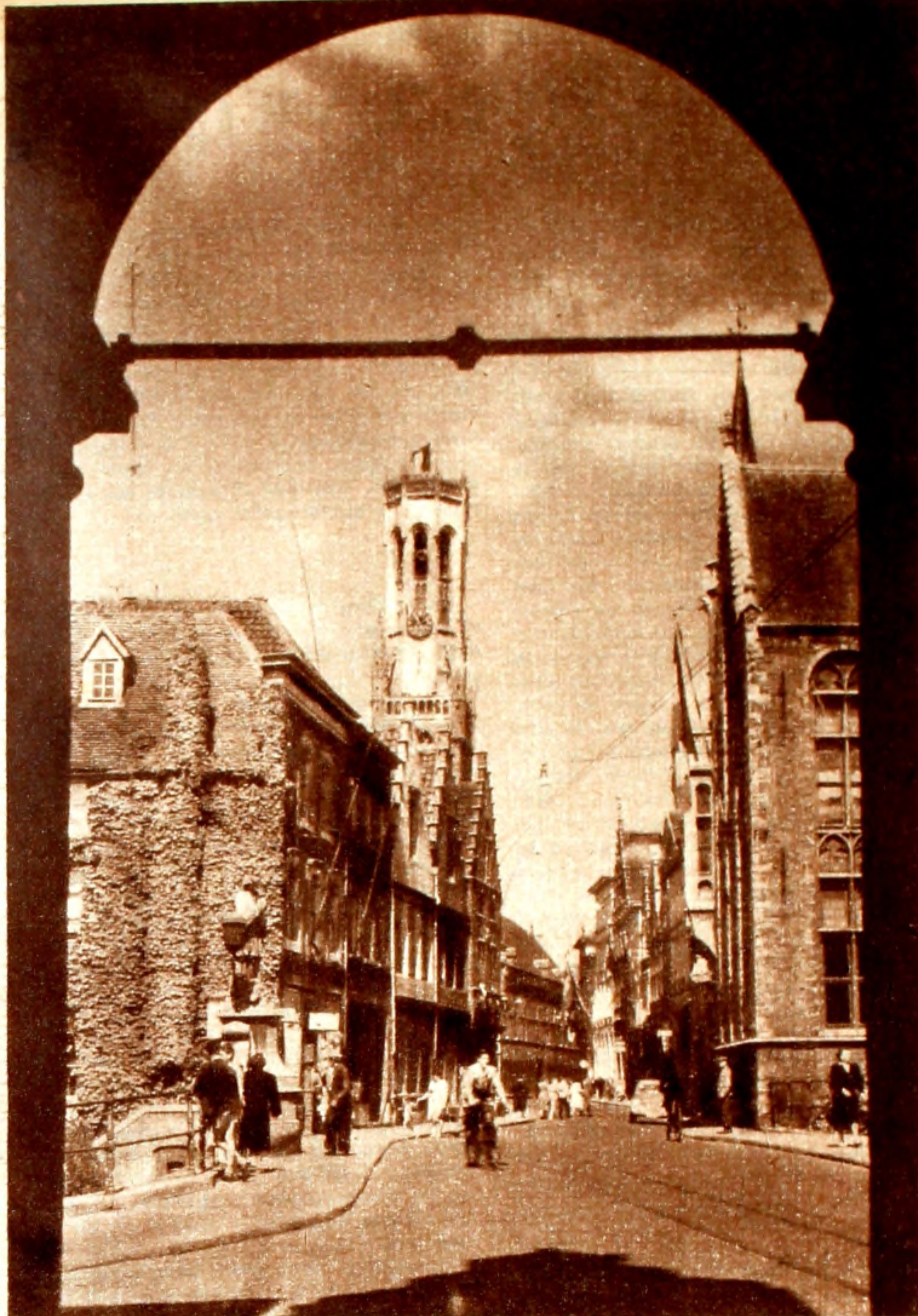
"Poemas de nuestros campos".



"Paisaje de la Estanzuela".



Vista nocturna de uno de los canales de Brujas.



Una calle de Brujas y su torre del Beffroi, de 107 metros de altura.

BRUJAS, Y SU NUEVO CONJURO

PARA nosotros, los del mundo hispanoamericano, la palabra Flandes tiene sabor de picas, de sol que jamás se pone en los dominios de Carlos V y I de España, de Felipe II, de viejas canciones y monsergas: la España que perdura en las palabras. Personalmente, no amo ni a Carlos ni a Felipe, como no se ama espontáneamente a los grandes abuelos jactanciosos y gruñones; sin embargo, me siento atrapado ante la maravilla del Renacimiento que es esa chimenea monumental del *Franc de Bruges,* donde en mármol, y sobre todo en los altorrelieves en roble de la parte superior, está corporizada la familia de Carlos V, quien en el centro alza la espada, mientras en la otra mano sostiene un globo terráqueo coronado por una cruz. Sus emblemas y su razón de ser; el origen, también, de nuestra leyenda.

Esto y muy poco más ha quedado de las Españas en Flandes; y es comprensible que así suceda puesto que vinieron en conquistadores. Al punto, recuerdo los versos del poeta belga Arthur Haulot, en su bello libro *Poéme pour l'Europe:*

> *"Sólo hay charangas para la guerra*
> *sólo hay mujer para el soldado*
> *sólo existe gloria para el militar*
> *salvo la muerte no hay otro camino".*

No lejos de esta "chimenea del Franco", ubicada en el palacio de Justicia, obra de Lancelot Blondeel y cuyas estatuas fueron talladas por Guillermo de Beaugrant, en esa misma plaza del Bourg se alza otro edificio que, por el costado del espíritu, ha sabido hacer revivir a esta Brujas medieval reencarnándola en los tiempos de Jean van Eyck, de Gerard David, Hugo van der Goes, Hans Memline, es decir: en toda la gloria de su pintura. En aquella época en la cual el mar llegaba hasta su puerto trayendo las flotas de los pueblos mercaderes; a ese puerto que un día, ante la desesperación de la ciudad, fue embancando la arena hasta alejar el mar a varios kilómetros. Tiempos en que la riqueza de las mujeres de Brujas hacía exclamar, con algo de despecho, a Juana de Navarra: "Me creía la única reina y no veo otra cosa en mi derredor." Este edificio evocador es la capillita de la Sangre Santa, cuya cripta románica del siglo XIII sostiene la capilla propiamente dicha donde se guarda el relicario con la Santa Sangre, que Thierry d'Alsace, conde de Flandes, trajo de Jerusalén luego de la segunda cruzada. Esas cruzadas que poblaron de candorosas reliquias, muchas evidentemente falsas, las iglesias medievales y originaban, entre ellas, interminables discusiones y disputas sobre quien poseía la auténtica.

Alrededor de esta reliquia, como un eje en profundidad, gira Brujas a través del tiempo; a través de ese tiempo que los pueblos europeos gustan de representar teatralmente como una manera de representarse a sí mismos, a veces como justificación, otras como constancia de presencia o añoroso orgullo.

Todo esto acaece en Brujas alrededor de su reliquia, en esta ciudad de los legendarios canales arbolados que en nada se parecen a los de Venecia, salvo en la hermosura.

Todos los viernes, bajo el baldaquín gótico que cubre el reclinatorio, pasa una continuada hilera de gente que se inclina y arrodilla ante una mesita donde un sacerdote ofrece para besar un grueso tubo de cristal con soportes de oro labrado. Según quiere la tradición, ese relicario contiene gotas de sangre de Cristo recogidas por José de Arimatea. Muy cerca permanece hierático un policía; está allí para custodiar el joyel, que pertenece a la ciudad y no a la Iglesia. Todos los años y desde hace ocho siglos, la reliquia recorre las calles en una procesión donde varios centenares de sus habitantes, con trajes de época, representan escenas fundamentales de la Biblia, en particular del Nuevo Testamento, y de la llegada de la Sangre en manos de los cruzados.

Pero donde la ciudad logra su máxima expresión teatral —si representarse a sí mismo puede considerarse teatro— es durante el *Jeu du Saint Sang (Sanguis Christi);* magno espectáculo representado por dos mil quinientos aficionados (aunque decir tal importe no ser muy exacto, pues está escrito de que se trata de un *acto de fe religiosa y ciudadana).*

Son las 9 de la noche y, entre las afiladas torres góticas, el cielo estrellado tiene algo de la dulzura de esa juvenil *Madonna* de Miguel Angel que he admirado en un altar de la iglesia de Notre Dame. Hormiguea de seres que no se atreven a ser rumorosos la enorme Grand Place, en cuyo fondo se alza la cuadrada y luego octogonal torre del Beffroi con sus 107 metros de altura. Están allí gentes de todo el mundo; van a asistir a la representación de este misterio moderno (pues que lo son el texto y la música de Joseph Boon y Arthur Meulemans, respectivamente).

Se ha adosado al frente del edificio un decorado de teatro casi *neutro* dentro de su inspiración gótica; parece tal por esa simplicidad que Brujas se ha acostumbrado a ver en los frontispicios de sus iglesias. De improviso, una luz verdosa lo ilumina y se escuchan las campanas del carrillón. Cuando éstas callan, en el silencio de la plaza se oye desde un altavoz: "Pueblo de Dios: La paz sea con vosotros todos los que habéis venido de aquende y allende las fronteras, a través de mares y océanos. Quedad en paz." Luego, estalla el cobre de las trompetas y, como en su seguimiento, la orquesta,



Madonna, obra juvenil de Miguel Angel, existente en la iglesia de Notre Dame, de Brujas.



La "Virgen del Cordero Místico" de Hubert (?) y Jean Van Eyck.



El canónigo Van der Paele, detalle del cuadro de Jean van Eyck.

situada en el costado izquierdo, abre este prólogo que con el coro servirá como de anuncio a los ángeles. Esos ángeles de facciones y vestimentas estáticas y prodigiosas de colorido, uno de los rasgos de la escuela flamenca, que he visto y admirado interminablemente en los cuadros de su moderno Museo Comunal rodeado de rosales (que acaso contenga los más bellos cuadros de Gerard David y de Hugo Van der Goes, y casi sin duda de Jean van Eyck: *La Vierge au chanoine van der Paele*, si es que el políptico del "Cordero Místico", de Gantes, lo pintó con la colaboración de su hermano Hubert), en su Hospital de San Juan, guardián insobornable de sus magníficos Memlinc, en particular de *Le mariage mystique de Sainte Catherine*, su obra maestra indiscutida.

Varían las luces: el rojo trepa hacia lo alto y se diluye. Con la entrada del pueblo de Jerusalén, gesticulante y amenazador, comienza la primera parte. Sus gritos de muerte llenan la plaza; piden la de Jesús. La trágica exclamación de la muchedumbre hace eco en los frentes góticos. La piel se eriza. La danza transformada en una zarabanda llena la escena; en realidad parece extraño que esé ritmo demoníaco no se contagie a los espectadores. ¿Los hay en verdad? Todos tienen la sensación de ser actores; menos yo que debo conservar la capacidad de *ver*.

De improviso, como el *Deus ex machina* de los griegos, aparece Herodes. La multitud lo rodea, le exige; Herodes debe experimentar una suerte de placer sensual. La multitud se transforma en plebe cada vez que reclama la cabeza de un justo. Pilatos lava sus manos después de apostrofarla. En una composición realista, a la cual la orquesta da fondo musical, Pilatos les entrega al Hombre: *Ecce Homo*. La muchedumbre escapa y los ángeles descienden. Sin solución de continuidad, ayudada por el ritmo que las variaciones musicales y luminosas le acuerdan, la acción prosigue.

La tercera hora parece descolgarse desde lo alto de la torre; al conjuro dramático del sonido que arranca el badajo, cae el inmenso velo que cubría un Cristo crucificado, que abre sus brazos a la altura del techo oscuro del edificio. Las luces rebotan sobre la escena en forma deslumbrante. Con un gran cáliz dorado entre las manos, José de Arimatea sube hasta el pie del Calvario para recoger la sangre; cumplida su tarea, se aleja. La escena queda vacía. Ya no contiene más que el símbolo. La plebe ha cumplido su destino de crear un símbolo; vuelve a ser pueblo. ¿Es que alguna vez podrá ser plebe de verdad?

La segunda parte del espectáculo principia cuando el Conde trae la reliquia y en la torre se ilumina un enorme pendón con el heráldico león rampante de Flandes. Con la aparición del cortejo, que atraviesa con sus vestiduras y armas de la época el largo de la plaza, la participación de los espectadores se torna más real, si ello fuere posible.

Las penas y desgracias que ha de sufrir la ciudad (desde la destrucción de los iconoclastas, hasta el ingenuo furor de ese pueblo de la revolución francesa que baila la Carmagnole) forman la tercera parte, que termina en la apoteosis. Caen los negros estandartes de la miseria. El vigía llama a la juventud. La música y la luz se tornan deslumbrantes. *¡Brugge, waak op!* clama el gentío. Brujas ha comprendido que tiene una juventud capaz de acudir a su llamamiento, de reencarnarse a través de la historia. Y así sucede.

Abelardo ARIAS.

(Especial para EL DIA.)



Uno de los arbolados canales de Brujas.



Un momento feliz: julio de 1953. Los esposos Batlle - Cherviere celebran sus bodas de plata, rodeados por personal de EL DIA.

RAFAEL BATLLE PACHECO

"Y ver llegar la muerte altivamente,
Tranquila la conciencia, alta al frente,
Con el placer de la misión cumplida."

R. B. P.

SONABA como un lamento la tradicional sirena de EL DIA, cuando quien fuera en vida don Rafael Batlle Pacheco, cruzó por última vez los umbrales del viejo diario. Se ha cerrado un capítulo brillante del periodismo uruguayo, se ha clausurado una vida de luminoso resplandor moral.

Todo espíritu, todo justicia, todo bondad, todo hidalguía, don Rafael fue una conciencia rectora que durante un cuarto de siglo gravitó decisivamente sobre los destinos de EL DIA. Y sabemos que decir esto, es decir también que brindó a la opinión pública un criterio orientador para abordar los más trascendentes problemas nacionales. Diario que nació en 1886 para ser tribuna de la prédica combativa de José Batlle y Ordoñez, en lucha abierta contra una dictadura, y fue siempre instrumento de acción política y baluarte de apasionado fervor democrático, prolongó esa misma ejecutoria en manos del hijo que acaba de morir.

Ante el dolor reciente de su partida, con el respeto y el recogimiento que nos atenacean frente a lo inesperado que oprime y acongoja, es difícil toda palabra que no sea de emoción y de cariño. Porque don Rafael supo siempre tener, en alto grado, esa poco frecuente virtud de imponerse a los demás, no por el ascendiente jerárquico, sino por el valor ético, por la serena rectitud del ejemplo y por una conducta personal pública y privada sin deserciones. Era fácil quererlo. Representante admirable de una época en la que todavía prevalecían ciertos conceptos románticos de la vida, sobrev vía en él la caballerosidad de antiguo cuñ el pudor de su intimidad, el tacto en mando, la discreción para la reprimenda, benevolencia en el elogio, la comprensió del error ajeno, el dominio de sus propi reacciones. Temperamento sin altibajos, ma sin recodos, en su carácter armonios se conjugaban la dulzura y la fuerza, y integraron en él los sólidos conocimient de una depurada cultura humanística, co la llama de una sensibilidad finísima, qu buscó el verso para exteriorizar poéticame te el desborde emotivo.

Su presencia imponía una indefinible po deración, ese equilibrio mental que pre taba de sí propio; respaldaba y protegi y si era enérgico sin destemplanzas, ten una peculiar manera de ser risueño, q conquistaba de inmediato a quienes le r deaban. Permaneció por natural modest en un segundo plano, en un retraimien que se avenía con su modalidad señoril mesurada.

Su personalidad fue recia; su pensamie to, lúcido; su prédica, inquebrantable; s convicciones, vigorosas; y no hizo alar de ello, pues le bastó con vivir de acuer a su ideario, para probar la fidelidad de s principios.

Pero, sin violencias, fue la mano firr que imprimió al diario la dirección de u conducta inconfundible, la adhesión a l ideales que emanaban de un hombre q se interesó con lealtad y con honradez el bienestar común, sin haber ambiciona ningún rango público, aunque por razon de herencia familiar, predominio político prestigio personal, pocos ciudadanos país hubieran podido disputarle el acce Más enaltecedor resulta, en esta hora rápido balance, ese rasgo desinteresado q le fue distintivo, pues en un medio co el nuestro, donde la tentación de esca posiciones oficiales es tan frecuente, el ca de Rafael Batlle Pacheco, con todo en manos para cualquier encumbramiento, muestra una singular grandeza de alma, d prendida de toda ambición egoísta, que vi auscultando los acontecimiento de cada sin que nadie pudiera sospechar un a subalterno en esa tensa vigilancia, en que desgastó buena parte de sus fuerz hasta el último momento, pues sólo cuan el mal que terminó con sus días le acorra dejó de aparecer por el diario. Aquí ha q dado la huella de su dedicación, su esfue



César y Rafael Batlle Pacheco, cuando éste último contaba unos nueve años.



A bordo del vapor "Araguaya", en marzo de 1907. Se ve Rafael en el extremo de la derecha. Apoyado en el bote, se don José Batlle y Ordoñez; en séptimo lugar, contando de la iz César Batlle Pacheco; y los rodea un núcleo de distinguidos ciu

tenaz, sus conceptos rotundos, lo mejor de su inteligencia y de su madurez, su bonhomía su voz de aliento, su tremenda sencillez su vasta experiencia, su conocimiento de la naturaleza humana, todo lo que tuvo de noble y grande su corazón. Sobre cualquier mesa de Redacción improvisaba su escritorio, y rodeado de cronistas, la conversación y el comentario se volvían cátedra y se hacían historia viva, con la autoridad que imponía sin proponérselo ese gran señor distinguido y patriarcal, de prócer linaje, que tuvo vocación de ciudadano, con la elegancia de aquellos varones atenienses que amaron a la democracia con la misma pasión estética con que esculpían sus estatuas.

¡"Don Rafael"...! ¿Cuántos años, día tras día, resonó su nombre entre estas paredes; cuántas veces se acudió a su saber, a su criterio ecuánime, en instantes de duda; cuántas veces la plática de alto vuelo hizo inolvidable el diálogo amistoso? Porque cuando echaba a un lado su habitual actitud reflexiva, soñadora, ensimismada —casi huraña—, y se dejaba llevar de su amor por los grandes temas de Historia o de Arte, en los que era todo un conocedor, como lo es su hermano César, al punto de haber formado con seguro gusto una pinacoteca valiosa, se iluminaba con el resplandor del entusiasmo, y su palabra fluía, amena y gozosa, en el paladeo superior de un espíritu aristocrático, moviéndose en el campo de sus predilecciones.

Amó las cosas bellas y se dio a los hondos sentimientos. Rehuyó la vida social del mismo modo que rehuyó la actividad pública, distante sin altanería, lejano sin ser orgulloso, para repartir su enorme caudal de afectos y de inteligencia entre su militancia periodística y sus arraigadas devociones familiares. Sería incurrir en falta con su sombra, hablar de él sin mencionar a Anita. Doña Anita Chervière de Batlle Pacheco tuvo el privilegio de ser la compañera de excepción que requería un hombre de tanta gallardía espiritual, la que supo brindar comprensión, ternura, consejo, paz, a aquella alma delicada, en el compañerismo perfecto cuya primera separación sólo pudo consumar la muerte, traicionando así el noviazgo perpetuo que fueron los años anudados juntos desde la mocedad, mientras corría el tiempo sobre el hogar, venturoso de hijos y de nietos. Acaso pensaba en el dolor que su desaparición podía ocasionarles un día, cierta vez que nos comentaba, como lo peor de la muerte, el desgarrón que causa a los seres queridos: "Lo malo de morir es lastimar a otros"...

Ahora el recuerdo cobra su verdadero alcance. Y el ademán siempre afable con que



Fue en el hogar donde don Rafael, con su esposa y sus hijos, se sintió dueño de su verdadero mundo.

saludaba, levemente ladeada la cabeza; o el gesto característico de su mano, varonilmente hermosa, subrayando en el aire, con pausa, sus palabras, mientras hablaba entornando los ojos; o el humorismo fino de sus comentarios, vuelven en medio de añoranzas, entristecidos por la ausencia sin remedio.

Se nos ha ido una tradición, pero, más importante, se nos ha ido un ser puro. Por encima de su histórico apellido, por encima de la trayectoria que dio relieve propio a la heredada responsabilidad, se nos ha ido un amigo, que tuvo como pocos la irrefrenable vocación del bien.

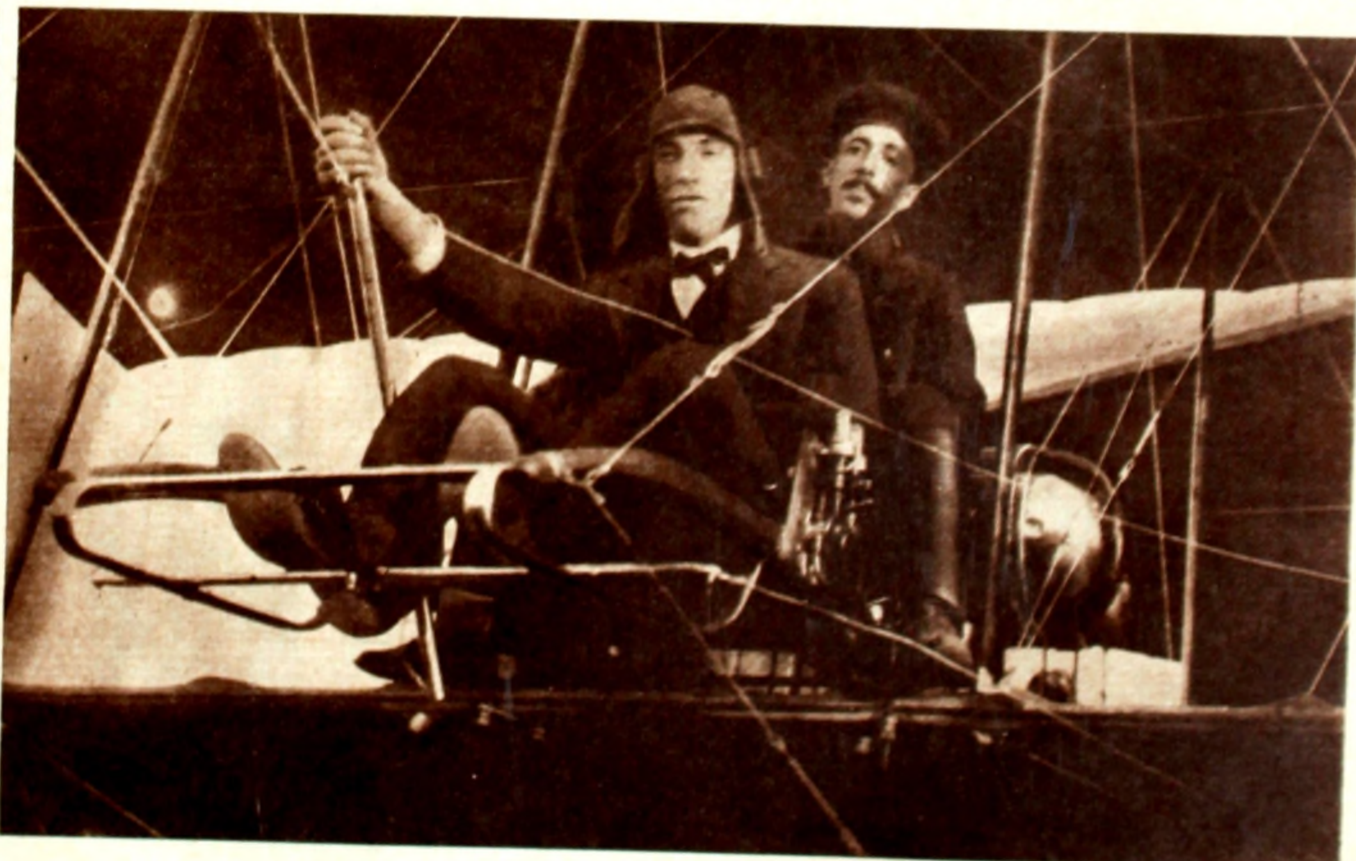
En lo que nos es personal, queremos evocar un episodio que adquiere nuevo significado. Lo pensábamos viendo pasar el inmenso, acongojado cortejo que acompañó su féretro hacia el reposo definitivo. Hace ya tiempo, para facilitar nuestras tareas en el diario, Don Rafael, en un rasgo de confianza que si nos conmovió en el momento, hasta nos duele ahora, nos entregó la llave de la Biblioteca. Era la suya. Desde entonces la llevamos como símbolo de fe puesta en nuestras manos. La hemos mirado de nuevo, y ya es algo más que una llave. Es un talismán, es su gesto que vive en nosotros como un legado que obliga a merecerlo, promesa que nos hacemos ante su memoria, en este vacío hondo de desgarramiento y melancolía, cuando aún vibran en el aire los lamentos de la clásica sirena de EL DIA, en último saludo apesadumbrado al Director ilustre, en la orilla difícil de la gran despedida.

Dora Isella RUSSELL

(Especial para EL DIA)



En otra etapa de su vida: en 1930, con Rodrigo Soriano.



Una afición poco conocida de don Rafael: la aeronáutica. Aquí se le ve durante una visita a la Escuela M. de Aviación, en 1913.

LOS BAJOS PIRINEOS FRANCESES



Pau, y la cadena de los Pirineos, en invierno cubiertos de nieve, y en verano de apretados bosques.

DEJANDO atrás, con pena y nostalgia, el desfiladero de Roncesvalles, ya en Saint Jean-Pie-de-Port encontramos *la otra nación*, que en tan poco difiere de la nuestra por esta parte navarra. Los mismos colores adornan las fachadas de las casitas rodeadas de huerto y jardín, y las mismas aguas corretean alegres y ligeras por las mismas tierras. Nuestra ruta, perfectamente delimitada, va hasta Pau. Pau es la ciudad que más y mejor disfruta de la vista de los Pirineos, pues su más cuidada avenida (y toda la ciudad de Pau está cuidada hasta la exageración) corre paralela a la gran barrera pirinaica. En invierno cubiertos de nieve, y en verano apretados de bosques, los Pirineos son para los vecinos de la preciosa y amable Pau un espectáculo de ensueño.

Pau dice en seguida lo que contiene, de histórico; lo que no tiene ninguna necesidad de decir es lo que se ve, asalta ,al visitante: sus calles, sus edificios, sus comercios, sus jardines, sus parques, sus villas... ¡Qué descanso para el vivir, vivir aquí! Nos había hecho el encendido elogio de Pau alguien que, hace años, durante la guerra, vivió su vida diplomática allí. Por su nostalgia de aquel buen vivir en Pau, acudimos nosotras. Y en verdad que valía la pena hacerlo. Se volverá.

Desde el punto de vista monumental lo más importante de Pau es su Castillo. Los castillos franceses no ofrecen el desastroso espectáculo de los nuestros, casi todos en ruinas o arruinados por completo. Los castillos franceses parecen recién abandonados por unas gentes tan disciplinadas ,tan cuidadosas, que ni siquiera olvidaron un par de zapatos en cualquier rincón. Ah, los castillos de la Loire! Y éste de Pau.

El castillo de Pau se remonta al siglo XII. Tiene un enorme torreón edificado por Gastón Foebus en el s. XIV. Han vivido en él, sucesivamente, Gastón VI de Bearn, Henri d'Albret, Margarita de Angulema, Henri IV. Bajo Luis Felipe se restauró. Sus tapices Gobelinos son los más bellos que he visto, y sus muebles tienen arte y empaque insuperables. Desde las ventanas del castillo se disfruta de la visión de los Pirineos y del río, ancho y apacible, que corre paralelo a ellos ante Pau. Aquí, por todas partes se pueden leer las palabras elogiosas de Lamartine: "Pau es la más hermosa vista de la tierra, como Nápoles lo es del mar". Efectivamente.

De Pau, a Lourdes. De Lourdes a Tarbes. De Pau, a Bayona, a Biarritz (¡oh su inolvidable playa, su maravillosa playa "Chambre d'amour"!), a San Juan de Luz, a Hendaya... Fuenterrabia al otro lado de esta playa inmensa y gloriosa. Lo pintoresco fácil de una costa, la vasco-francesa, tan nutrida por españoles que cuesta trabajo hallar un francés; como en nuestra costa cantábrica (San Sebastián camino de Santander, y Santander hacia Asturias) va siendo muy difícil encontrar un español en verano!

Lejos, ya, la apacible y bien equilibrada vida francesa. Otra vez montes, ¡y qué montes los del Puerto del Escudo en Santander!, y al fin la llanura ante Burgos. Burgos, catedral-custodia, en mitad del mundo de España. Y después, Madrid. Madrid, capital de las Españas (razón tiene el poeta Louis Emié cuando al hablar de España lo hace en plural: las Españas), en un buen momento de su historia urbanística. En Madrid se dan cita todos los españoles y conviven como no lo hacen en sus propias provincias. Madrid, gran aglutinante ibérico.

Carmen CONDE

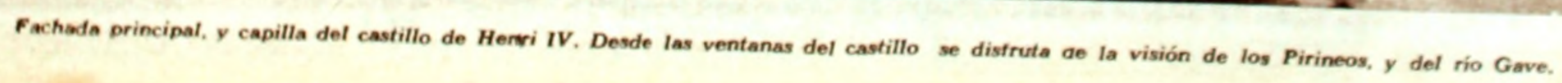
(Especial para EL DIA)



Entrada al castillo de Henri IV, en Pau. Sus tapices Gobelinos se estiman como de los más valiosos existentes.



El castillo de Henri IV, en Pau, que se remonta al siglo XII, a la orilla del río Gave



Fachada principal, y capilla del castillo de Henri IV. Desde las ventanas del castillo se disfruta de la visión de los Pirineos, y del río Gave.



LA GUITARRA IMPONE SU PERSONALIDAD

EL definitivo florecimiento de la guitarra comienza en realidad en los primeros años del siglo actual y es debido a la simultánea unión de varias causas. Una de ellas fue el abuso de un virtuosismo que llegó casi al grado de malabarismo musical y que encaminó el gusto, por simple reacción, al extremo opuesto, es decir a la sobriedad y a las sonoridades más íntimas y recatadas.

La segunda de las razones es un verdadero despertar del interés por todos los instrumentos antiguos que se hizo presente al despuntar 1900. Si agregamos a estas dos razones anteriores la aparición paulatina de los grandes y buenos intérpretes, frutos muchos de ellos de las enseñanzas de Tárrega, no es nada difícil comprender este nuevo florecimiento, ahora definitivo, del instrumento.

El primero que surge de esa pléyade de auténticos músicos es Miguel Llobet. Nacido en Barcelona en octubre de 1875 es el artista completo, de fama universal que hace honor a su ilustre maestro. Desde 1904 vivió una larga temporada en París. Allí, siendo amigo íntimo de Albéniz, de Ravel y de Debussy asistió al policromo nacimiento de ese mundo luminoso de la pintura y de la música que se llamó Impresionismo. Y no sólo actuó como concertista sino que ejerció el profesorado antes de salir en largas giras que abarcaron todos los países de Europa y de América. Miguel Llobet fallece en su ciudad natal en febrero del año 1938.

Otro discípulo de Tárrega, Daniel Fortea, hace honor a su tradición, tanto en el terreno de la composición como en el de la interpretación.

En España también y en espacio de tres años, nacen varios ejecutantes, uno de los cuales es hasta el momento, el más grande y auténtico intérprete de la actualidad. En Jaen y el 18 de febrero de 1894 nace Andrés Segovia; tres años después y en Burgos ve la luz Regino Sainz de la Maza.

Segovia pasó su infancia en Granada y su carrera triunfal arranca virtualmente del año 1913, fecha de sus primeras actuaciones en Valencia, Barcelona y Madrid.

En cuanto a Sainz de la Maza, profesor del Conservatorio Superior de Madrid y crítico musical en la actualidad, es casi un autodidacta; habiendo dado innumerables conciertos, es muy importante de recordar su valiosa colaboración con Manuel de Falla en la Sociedad Nacional de Música de Madrid donde hizo conocer todo el antiguo repertorio de la vihuela desde el siglo XII.

En los años exactamente posteriores a la guerra 1914-1918 el instrumento cobra otra vez nuevos impulsos en las corrientes musicales que se desarrollan en esos momentos. Es así que dos de las personalidades más representativas en el mundo musical contemporáneo reconocen el valor de la guitarra como instrumento actual de incontables recursos y escriben especialmente para ella.

Arnold Schonberg, como lo hiciera Bocherini dos siglos atrás en su Quinteto Op. 46, incluye la guitarra en uno de sus Cuartetos para cuerdas.

Y luego Manuel de Falla en la edición que la Revue Musicale de diciembre de 1920 dedicó a Debussy, escribe su hermosa y ferviente elegía para guitarra titulada "Hommage pour le tombeau de Claude Debussy".

Luego de ellos todos los compositores actuales se han preocupado y han escrito obras para guitarra, ya sea para el instrumento solo o en forma concertante. Dentro de esta última disciplina son de destacar especialmente los conciertos que para guitarra y orquesta escribieran el florentino Castelnuovo Tedesco y el valenciano Joaquín Rodrigo, conocido el de este último como el "Concierto de Aranjuez".

Si miramos ahora hacia el nuevo mundo vemos cómo la guitarra, traída por el conquistador español encontró en la virgen y exuberante tierra de América el campo propicio para su eco sonoro y al mismo tiempo, melodioso e íntimo. Y es en el Río de la Plata donde ese arraigo va más hondo y ya se le verá a través de todas las luchas de la independencia como compañera inseparable del gaucho, consolando su errar solitario y marcando un norte a su espíritu bravío y audaz. Y acá, como en el pasado renacimiento español de un Narvaez o un Mudarra también vihuela, pero con la ortografía gauchesca de VIGÜELA, la llamará el hijo del terruño.

Ya en los albores de la libertad el poeta argentino José Hernández plasma en su famoso Martín Fierro el arquetipo del gaucho y lo inmortaliza a él y a la tradicional "vigüela" en aquellos versos primeros:

"Aquí me pongo a cantar
al compás de la vigüela,
que el hombre que lo desvela
una pena extraordinaria
como el ave solitaria
con el cantar se consuela."

Y más adelante le nombra de nuevo, ahora como guitarra:

"Con la guitarra en la mano
ni las moscas se me arriman
naides me pone el pie encima
y cuando el pecho se entona
hago gemir a la prima
y llorar a la bordona."

Como en toda cultura y como en todo país la guitarra, no sin abandonar la compañía del campo, se eleva también a la esfera culta.

Y son precisamente los primeros propulsores del nacionalismo musical quienes la pulsan y para ella escriben. Ya es nuestro máximo compositor y casi en el mismo momento Alfonso Broqua, como un anticipo de las nuevas corrientes. En efecto, en la lejana Bruselas, el tiempo que el conservatorio deja libre a Eduardo Fabini, son la guitarra y el violín quienes lo llenan. Y allí, en los comienzos del actual siglo sostiene un emocionante diálogo en que la guitarra narra las escenas del lejano terruño. En cuanto a Broqua en el París que lo prohijó bajo la sombra tutelar de Vincent D'Indy y de una severa Schola Cantorum y en medio de las grandes corrientes entrechocadas del Impresionismo naciente de Satie y del mito wagneriano se aisla y confía a la guitarra la nostalgia de una patria allende el océano. Es así cuando surgen como evocación y homenaje "Los preludios pampeanos" para guitarra.



Estampas del famoso "Martín Fierro", en una edición popular, en las que aparece el "cantor" y su guitarra, animador de múltiples escenas.

Todo esto en cuanto a los autores de música especialmente escrita para el instrumento, pues en la fase técnica, la moderna escuela española de ejecución fue introducida por Domingo Plat y por Josefina Robledo. Siendo el primero alumno del gran Llobet, la segunda lo era del insigne Tárrega.

De acá hacia adelante, tanto en el aspecto musical y creador como en el interpretativo han surgido, uno tras otro múltiples cultores que continúan hasta hoy realzando los infinitos y valiosos recursos del noble y vibrante cuerpo sonoro.

Y ya podrá ser el Nuevo o el Viejo Mundo quien nos irá brindando los creadores o los intérpretes sublimes que en ininterrumpida tradición, vayan conservando la nobleza, la pureza y el cálido mensaje musical que una guitarra puede brindarnos.

Susana ***SALGADO GOMEZ***

(Especial para EL DIA)

LOS FLORILEGIOS:

EL DEL TRABAJO



NO hay mente cultivada que admita, como ideal de vida, la comodidad y el confort a todas horas y, mucho menos, la inacción. No ya el economista, sino que el higienista será quien nos diga que el trabajo, al que Fray Luis de León llamara "sal de la vida", conserva más que la pereza o quietud prolongada.

A los fines morales, se ha de hablar del trabajo, como de una ley ineludible, como de una obligación social. Si recibimos de los que nos antecedieron, y por obra y gracia de su esfuerzo, un progreso y una riqueza, justo es que los caudales de la humanidad, a la hora de nuestra muerte, queden acrecidos. Quien más haya dejado en su pos, fruto de su inteligencia u obra de sus manos, será quien más satisfecho salga de la vida. Estamos en la sociedad como se hallan los distintos órganos en nuestro cuerpo, desde el heroico corazón y la forzada tiroides a los poros casi invisibles. Pulmón, glándula o poro, haga cada cual su tarea. La Naturaleza nos creó muy distintos. Unos fueron generosamente dotados y otros presentan contextura humilde.

Visteis a Einstein, el autor de la teoría de la relatividad, impulsando la ciencia, trabajando en descubrimientos sensacionales, como el de la energía nuclear. Era, en el organismo social, una tiroides. Y ved, aquí a nuestro lado, este humilde congénere que sólo es utilizable para empujar una vagoneta o recoger desperdicios. Aquí están los poros. Todos son útiles a la sociedad, sin embargo. Todos trabajan, todos son respetables. Pero están luego los holgazanes, los falsificadores, los tahures, los ladrones peligrosos, los especuladores. He ahí los sarpullidos, los quistes sebáceos, las úlceras, los cánceres... Acaso esté todo esto malo para contraste, para que la sociedad aprecie mejor lo bueno.

El holgazán suele tener muy duros castigos, no de los hombres, sino de la Naturaleza, que sabia y fecunda, quiere seres fecundos y lógicos. Ocupados, bien ocupados. Por eso el aburrimiento ataca y destruye a la manera de la carcoma. Ese es el trabajo que le manda la vida al que no trabaja. Y así el no trabajar es el más penoso y arruinador de los trabajos.

Puestos a trabajar todos, el químico sabio debe aportar mucho y un albañil común, apenas lo que convierte en oficiales a los aprendices. Pero el caso es que todos se superen y dejen su contribución en esfuerzo. Mucho aporte pequeño hace caudal. Con una sola bellota se han hecho bosques. Y "a cada edad su tarea", como quería Romain Rolland, que "los trabajos se han de medir a nosotros y no nosotros a los trabajos", cual castizamente dijo Juan de la Cruz.

Es Storch quien, a nuestro entender, define de modo insuperable el asunto: "El trabajo es la aplicación de las facultades humanas a un objeto útil". ¿No está aquí dicho todo?

Trabajó gloriosamente Copérnico, haciendo adelantar la astronomía, y trabajó notablemente Gütemberg para dejarnos la imprenta. Y trabajamos en este momento nosotros —bien que de un modo sencillo— a fin de ofrecerles a quienes nos lean un panorama sedante de la vida. "La vida, inmenso torbellino en el que no moverse supone dejarse arrastrar, no revolverse, dejarse revolver y no arriesgar un esfuerzo ser juguete miserable de las fuerzas de convulsión", como expresó Irureta Goyena en su "Conversación sobre la Patria".

Zimmermann argumentaba así: "Es preciso no aspirar al descanso sino como medio de reanimar nuestra actividad, y preferir el trabajo adecuado a nuestras fuerzas a la pereza que nos hunda en la inercia o nos conduzca a los placeres demasiado fáciles." No olvidemos que "la ociosidad embrutece al hombre", como anatematizaba Fichte.

Puede existir el trabajo que mate, ¡qué duda cabe! (para impedirlo hay ahora aquí una tuteladora legislación), pero no olvidemos que infinidad de muertes son originadas indirecta y hasta muy directamente, por el pecado de la ociosidad. "Mira por donde piensas huir del trabajo, pues por allí te anegarás en él", previene Vives. Palma escribía "que el culto del trabajo normal, fisiológicamente graduado y establecido, es uno de los elementos esenciales de superación de individuos y pueblos". La mujer no puede eludir esta ley. El día que nos acostamos más satisfechos, es el día que pudimos vencer más dificultades en nuestra labor habitual.

Las transgresiones tienen dura pena: aburrimiento, displicencia, desconformidad consigo mismo, neurastenia, relajación de los resortes físicos, perversiones sensuales, desorganización del sistema glandular, desequilibrio. Vale la pena vivir ocupado, produciendo, cada cual de acuerdo a sus condiciones físicas y mentales. No se ha de olvidar esto. En el siglo XVI cantaba el español Cota:

Lo que sin trabajo se cobra,
sin deleite se posee.



La antigüedad tuvo el esclavo que levantó pirámides. La Edad Media vio aquellos hombres fervorosos que construían grandes templos. Los tiempos modernos han traído el trabajo a desgano. Y el que así labora, porque no produce, y el esclavo porque lo esquilman, son polos: en ninguno puede radicar la felicidad. Es necesario que trabajen todos, armónicamente, de acuerdo a como ya se ha dicho, atendiendo resistencias físicas y mentales, contemplándose cada edad. Lo expresa con elocuencia Irureta Goyena: "El rico debe trabajar para que trabaje menos el pobre, el sano para que trabaje menos el enfermo, el joven para que trabaje menos el viejo". Y eso otro, tan bien encontrado, salido de la pluma del docto intelecto: "Que trabajen todos para huir un poco de sí mismos, cerrando las puertas a esa melancolía emanada de las cosas, que como afirmó Virgilio, tienen ya sus lágrimas. *Sun lacrymoererum*".

Hasta la propia conservación nos está exigiendo esfuerzo, que, dicho en lenguaje de higienistas, el empleo de energías en cosas constructivas, útiles, es un imperativo biológico de la especie. "Sin trabajo, ese complejo viviente que es el hombre, no puede alcanzar la plena felicidad", sienta Palma.

El trabajo, hecho con gusto, es, en realidad un gran acicate para vivir satisfecho. ¡Qué bien se expresa aquel labrador del "Cándido" de Voltaire!: "El trabajo nos libra de tres calamidades: el aburrimiento, el vicio y la necesidad". Es viejo ya el investigador Fabre, cuando escribe en medio de dos observaciones de entomología: "El trabajo es una de las mejores razones para vivir". Sí, vida es movimiento, como venimos proclamando; y reconózcase que no es, por cierto, el más penoso, el movimiento del trabajo.

La ocupación es factor de salud, aún tratándose del viejo. Nunca nos pesará la vida, al contrario querremos un día más, si hemos emprendido, ya en la ancianidad, un trabajo agradable y largo, que recrea y no cansa. Babeuf hacía notar que "es buena ley la que reparte equitativamente el trabajo entre los hombres, de acuerdo a las aptitudes de cada cual, como forma de que tenga desarrollo y prospere la sociedad".

Cuando en una sociedad hay muchos hombres que laboran de acuerdo a su inclinación natural —educadores, investigadores, inventores, fabricantes, etc.— el ambiente logra grandes conquistas. Respecto a los investigadores, oigamos a Mme. Curie: "Un sabio en el laboratorio es como un niño colocado ante los fenómenos naturales que le impresionan como un cuento de hadas". Esto explica la abstracción de los grandes espíritus, que se olvidan de su propio cuerpo, de su propia vida sentimental, para concentrarse en la revelación de los misterios de la ciencia. Clemente Estable es aquí un ejemplo.

Cuanto más rango tenga el trabajo emprendido, más intenso es el gozo de quien lo acomete. Y más libre se ve el hombre de las atracciones vulgares. Es "el trabajo nos libra de los vicios que acompañan a la ociosidad", consignado ya por Séneca.

Un buen estado físico no subsiste sin un buen estado espiritual. Y nadie que arrastre una existencia parasitaria —y nada decimos si ella es crapulosa— puede estar avenido con lo más limpio y más noble de su persona: el espíritu. Señalaba Ramón y Cajal: "Los potentados que educan a sus hijos en vicios elegantes y suavidades de *dolce farniente*, trabajan, sin advertilo, por la degeneración de la raza". Que el trabajo impide al hombre caer en el vicio es evidente. Buda lo consignaba ya: "La lascivia crece a la sombra del ocio".

Del esfuerzo armónico de los habitantes de la nación resultará el progreso de ésta. La suma de perezas, inepcias e inmoralidades, traerá la decadencia, y hasta la ruina total de la república. ¿Qué veía el admirable Jéfferson, padre de la Constitución norteamericana, tan liberal y sabia, que le indujo a exclamar?: "Cuando pienso que Dios es justo, tiemblo por mis compatriotas". Feliz es el suelo donde arraiga el trabajo, porque el trabajo es planta de virtud.

Ha de ser el higienista el que nos diga que el trabajo resulta, como la respiración o la digestión, una función normal del organismo. Como están los seres voraces, a los que no hay comida que alcance, están los grandes laboriosos, capaces de pasarse el día entero ante los aparatos en el laboratorio o tras los bueyes en el surco, instalados entre las máquinas, saciando su curiosidad frente a los libros o volcando su saber sobre las cuartillas. Son los casos vocacionales, que dirán una noche cubiertos de canas, pero fuertes y jubilosos, al igual del fecundo Edison: "Yo jamás trabajé un solo día: jugué".

Vicente A. SALAVERRI.

(Especial para EL DIA).





Clase de Cerámica: Un grupo de alumnas de Pola Bonilla trabajando en el Taller.



Clase de Pintura: Al fondo la maestra: Martha Nieves, y dos de sus alumnos más promisorios: Liliana Pérez Nieves y Homerito Cardoso Marquizo.

EL TALLER DE ARTES PLASTICAS DE ROCHA

FUNDADO en 1955, a cinco años de su creación, el Taller de Artes Plásticas de Rocha, inició en julio ppdo., con excelentes perspectivas, una nueva etapa, trasladándose de local. Ocupa ahora, en la ciudad de Rocha, amplias dependencias, donde pueden funcionar las Clases de Pintura y los recientemente incorporados Cursos de Cerámica, que esperan contar, en breve, con su horno eléctrico propio.

Iniciativa de Wilson Amaral y Edgardo Ribeiro. — A estos dos reconocidos valores de nuestra plástica, debe Rocha la creación de su Taller. Desde Minas llegaron en 1954 con una delegación de artistas que expuso cuadros y dinamizó el ambiente. Plasmó la idea, porque una vocacional joven y llena de entusiasmo pudo iniciar entonces su aprendizaje con Edgardo Ribeiro, haciéndose cargo de las clases de Dibujo y Pintura al año siguiente. Es ella Martha Nieves Barbé, oriunda de San Carlos, establecida en Rocha donde cumple funciones docentes en Enseñanza Primaria y en la Universidad del Trabajo. Nuevo valor surgido del Interior del país, ha orientado su formación artística y ayuda — esto es fundamental entenderlo — a que las nuevas generaciones en Rocha, tengan esa orientación especializada que el Arte exige.

De los cursos de Pintura han surgido ya, dos alumnos promisorios: Eduardo Miguel Saldain y Betty Fernández. Saldain es actualmente usufructuario de una Beca de la Universidad para cursar estudios en la Escuela Nacional de Bellas Artes; Betty Fernández amplía igualmente conocimientos con el maestro E. Ribeiro, en Montevideo. Ambos colaboran con el Taller atendiendo las clases del grupo infantil. Este y el grupo de alumnos adelantados que atiende M. Nieves totalizan casi 50 estudiantes.

Grupo de Cerámica y Dibujo aplicado. — Bajo la dirección de la ceramista Pola Bonilla, quien también se ha formado en el Interior —cuando en el taller de Maldonado dictó clases José Collier— se inició este año el Curso de Cerámica. Secunda a Pola Bonilla, que se traslada periódicamente a Rocha, Betty Fernández en la clase de Dibujo aplicado, debidamente asesorada desde Montevideo por maestro especializado. El curso cuenta con numerosos alumnos, varios de ellos con aptitudes muy especiales para el oficio, tal como recientemente lo ha reconocido el Jurado que actuó en el Salón de Minas al premiar la obra de conjunto de cinco de esas alumnas. Reconocimiento que augura realizaciones importantes, considerando que estos trabajos son fruto de cinco meses de enseñanza.

Gestión de Extensión Cultural. — Puede decirse que es sin precedentes que un Movimiento Pro Artes Plásticas surgido en el Interior, haya concertado tantas exposiciones, con el fin de propender a la extensión de la cultura plástica. Muchas de esas Muestras han circulado por varias ciudades del Departamento —Lascano, Castillos, Chuy— y fuera de él —Minas, San Carlos, Maldonado, Punta del Este—. Se han abierto 30 exposiciones, dando a conocer la obra de pintores como: Edgardo Ribeiro, Wilson Amaral, Hugo Nantes, Fortunato Amorín, F. Cabezudo, Luis A. Solari, Martha Nieves, Dante Ferrer, Jaime Parés, José L. Mannise, Gouaches del holandés Han Van Heel, Fotografías artísticas del Arq. Luis de Lizarza, Cerámicas de Pola Bonilla, material representativo de Arte Pre-Colombino, y todos los años de alumnos del Taller, que circulan por Escuelas y Liceos del Departamento.

Se trabaja sin subvención oficial. — Como funciona en carácter de institución privada, el Taller no cuenta con subvención alguna, ni nacional, ni departamental. Pero la colaboración obtenida en el ambiente es estimulante. Gracias al Rocha Atlhetic Club, por ejemplo, usufructuó de local gratuitamente desde 1955 a la fecha. Ultimamente abocados los maestros y la Comisión Colaboradora a pagar alquiler del nuevo local, y entrar en gastos extraordinarios para las clases de Cerámica, se solicitó y se obtuvo la más amplia colaboración, en personal y dinero, del Concejo y de la Junta Departamental de Rocha. Se espera que estas autoridades cumplan promesas de dispensar atención preferente a la obra cumplida por el Taller, en futuro inmediato.

El Taller y la sociedad de Rocha, que le respalda, estiman que del Ministerio de Instrucción Pública puede y debe llegar el reconocimiento y la subvención necesaria para ampliar su gestión artística. De acuerdo con las manifestaciones que la prensa ha publicado del actual Ministro de Instrucción Pública, cabe esperar la inteligente distribución de subvenciones anunciadas y que sólo podrán otorgarse a gestiones artísticas de reconocida solvencia si se actúa con responsabilidad.

Artistas del Taller en Salones Nacionales. —Cabe anotar que reconocimientos honrosos para el Taller, ya han llegado. Su maestra: Martha Nieves Barbé ha expuesto en Salones Nacionales, del Interior y Municipal, recibiendo distinciones señalables de Jurados y Crítica. Ultimamente expone sus cuadros en la Asociación Cristiana Femenina, en Montevideo. Sus alumnos: Eduardo Saldain, Betty Fernández, Liliana Pérez Barbé, y otros, han visto, en distintas oportunidades, aceptadas sus obras en Salones del Interior.

Tal el ideal que en los hechos, aunque silenciosa y modestamente, viene realizándose en el Taller de Rocha. En pocas palabras Edgardo Ribeiro lo ha sintetizado: Sembrar, sembrar... Pero en el propicio campo que es la nueva generación de estudiosos nuestros. En ellos se forja la conciencia de que el Arte no es, ni ha sido nunca mero adorno, sino necesidad impostergable en la formación del espíritu humano.

M. E. M. de C.

Fotos: Arq. Luis de Lizarza.

(Especial para EL DIA.)



Inauguración del nuevo local: Maestro Edgardo Ribeiro, Pola Bonilla, Martha Nieves Barbé, Carlos Tonelli, Bety Fernández y maestros de la Escuela de Música Tosar.

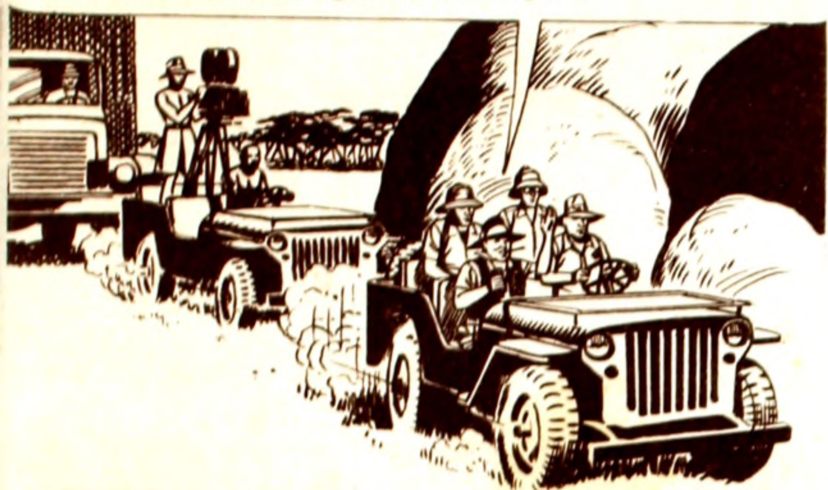
Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS ®

CON SUS "TROFEOS" CAUTIVOS, LA EXPEDICIÓN MOTORIZADA DE I.B. POMPUS, CRUZA LA INHABITADA SABANA, BUSCANDO UN ESCENARIO APROPIADO PARA LA PELICULA QUE SE VA A FILMAR.























gracia y color en mallas

1 - Malla realizada en popelina con elástico pasado, en diversos colores $ 60.00

2 - Fina creación "Vestale" en lastex jacquard, viene sin pollerín, teniendo delicado detalle de moña $ 195.00

3 - Destacamos este fino modelo "Country Club" en lastex americano, con detalle drapeado y soutiens con dunlopillo $ 285.00

4 - En gros lastex ofrecemos malla de línea clásica es una creación "Imperial Rose" $ 85.00

5 - Práctico bolso en tela fantasía con interior de goma $ 23.00

6 - En lastex importado presentamos modelo clásico, sobria línea $ 110.00

Complementa salida en Cha-Cha-Cha la tela de actualidad $ 32.00

7 - Bolso escocés de variados colores e interior de goma $ 30.00

8 - Elegante malla en lastex rayado, es un modelo "Rose Marie" de fácil adaptación $ 203.20

9 - Novedosa malla "Country Club" en popelina estampada, tiene drapeado y soutiens con dunlopillo $ 125.00

10 - Interpretando los últimos dictados de la moda, malla "Klytia" en lastex rayado de original fantasía $ 215.00



Casa Soler

SOLER HNOS. S. A.

CLIENTES DEL INTERIOR: Dirijan vuestros pedidos a nuestra CASA MATRIZ, Avda. Agraciada 2302 y M. Sosa.

Para facilitar sus compras, nuestras 3 casas permanecen abiertas durante 10 horas al día en horario continuado de 9 a 19 horas.

CASA MATRIZ - Av. Agraciada 2302
TELEF. 20 09 61

SUC. GOES - Av. Gral. Flores 2341
TELEFS. 2 42 00 - 2 43 00 - 2 44 00

SUC. CORDON - Av. 18 de Julio 1601
TELEF. 40 41 11